



RESACAS

LaViscera
Año 01
Núm. 11
Diciembre 2021

Año 1 | Núm. 11

LaViscera Magazine

 www.facebook.com/LaViscera

Dirección / Coordinación

EDULOGIC PRODUCCIONES

Corrección

CVH

Consejo de redacción

CARLOS SAN JORGE

PATRICIA SÁNCHEZ

CARLOS VICENTE

Maquetación / Diseño

PATRICIA SÁNCHEZ

Contacto:

LaViscera@edulogic-producciones.com

www.edulogic.es

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin autorización expresa de los autores y del equipo directivo de LaViscera Magazine. Todos los derechos reservados.



**«Cuando un hombre se sienta a pensar,
inmediatamente le preguntan
si tiene un dolor de cabeza»**

Ralph Waldo Emerson

05

TEXTO: Carlos Vicente
ILUSTRACIÓN: Ana Roncero
«BERGUENZA»

07

TEXTO: Beatriz Gorjón
DISEÑO: Loreto García Iglesias
RESACAS VARIAS

09

TEXTO: Jara Aizpurua
DISEÑO: Alberto Martínez
RESACA EMOCIONAL

13

TEXTO: Carlos San Jorge
ILUSTRACIÓN: Vicente Martín
EL CAFÉ QUE TE RESCATA

17

TEXTO: Patricia Sánchez
DISEÑO: Pepa Ballesteros
SOY YO

19

TEXTO: Carlos Vicente
ILUSTRACIÓN: Tatiana Martins
**LA BOLSITA DE
TERCIOPELO DEL
TÍO DOMINGO**

21

Nacho G. Ríos (Selección)
Pedro Vez (Ilustración)
HAIKU FINAL



Si nunca has deseado morirte un viernes a las ocho de la mañana, mientras saludas a tu jefe con una sonrisa torcida en la boca, es que no has disfrutado una mierda tu vida.

TEXTO: **CARLOS VICENTE**
ILUSTRACIÓN: **ANA RONCERO**

BERGUENZA



Cuando uno sólo puede pensar en aquel tipo que se quitaba una china del zapato mientras comía un pincho de tortilla; en aquella pareja comiéndose a besos con las dentaduras postizas encima de la mesa; en la frutera rascándose la oreja mientras te pone medio kilo de aceitunas negras; en el cartero riéndose y dejando el aviso de «No se encuentra en el domicilio»; en los ruidos de la vecina del quinto haciendo ejercicio mientras te intentas echar la siesta; en el gargajo que has pisado al salir de firmar el divorcio; en la fregona del bar en el que acabaste borracho a las siete de la mañana; en la nómina de aquel tipo que escribió que tu última obra es una «berguenza»...

Cuando uno sólo puede pensar en eso, lo mejor es mirar ilustraciones negras como tatuajes bien hechos. Aunque sepas que un día perderán el color, aunque sepas que quien lo ha hecho es feliz y tú te equivocaste eligiendo y recordando y emborrachándote y lamentándote y sientas «berguenza».



TEXTO: **BEATRIZ GORJÓN**
DISEÑO: **LORETO GARCÍA IGLESIAS**

RESACAS VARIAS

Las resacas no siempre son de tabaco y alcohol,
también las hay de angustia y nostalgia.

Despiertas, y la luz se filtra por tus párpados como choca el granizo contra el cristal de la ventana, golpeando al ritmo de los latidos de tu sien izquierda. Y puede ser domingo, o lunes, o jueves, qué más da. El dolor es el mismo, la cabeza se bloquea igual, la caída libre a los infiernos igual.

Igual sientes tu cuerpo envasado al vacío entre las sábanas de tu cama, no puedes moverte, ni respirar, ni pensar, marinándote en tus propios fluidos infames, sucios y vacíos.

Igual resuenan en tu cabeza canciones de la noche anterior o de mil vidas pasadas, igual pasan cientos de imágenes en blanco y negro como flashbacks desenfocados.

Igual las cuerdas vocales arenosas de cantar y restos de nicotina o de plañir por dentro tantas soledades.

Teniendo el alma como la nariz en invierno, goteando .

RESACA EMOCIONAL



El día que empecé la terapia eran las 16:40. Esa hora siempre me había perseguido desde que era una cría. Quizá lo hicieron a propósito, quizá fue casualidad, pero entrar en esa sala, ese día, a esa hora, no me gustó nada.

- Dígame, Rebeca. ¿Está dispuesta a colaborar? - Me dijo la psiquiatra nada más sentarme en el sillón de piel a más de dos metros de ella.

Ni siquiera se presentó, algo que me molestó bastante, por cierto.

- ¿Debería hacerlo? ¿Hablar con una desconocida que ni siquiera es capaz de presentarse?
- Discúlpeme. Pensé que ya la habrían informado antes de venir. Es el protocolo.
- No lo han hecho. Pero, igualmente sería su deber. ¿No cree?

Noté a la doctora algo nerviosa. El clic-clic del botoncito del bolígrafo, que apretaba continuamente, me estaba sacando de quicio.

- Soy la doctora Martínez. Me puedes llamar Sandra si así te resulta más fácil contarme lo que quieras.
- Creo que no la llamaré de ninguna forma, al igual que usted no lo volverá a hacer cuando salga de aquí. Siempre hacen lo mismo. No sé lo que le han contado. No tengo remedio. Nadie quiere hacerse cargo de mí y lo único que quieren decidir es si acabarán o no con mi vida.
- Sabes que eso no es así de sencillo. No podemos acabar con usted. La ley no lo permite, al menos aquí en España.
- Si me llevan fuera, nadie se enterará. Nadie me echa de menos ya.
- ¿Por qué piensa eso, Rebeca?
- Porque desde hace más de quince años no he vuelto a saber nada de mi familia.
- Mató a su padre.
- Eso está por ver.
- ¿No lo hizo?
- Nadie lo ha confirmado. Todos hablan y especulan, pero nunca supieron si fui yo o fue él quien se quitó la vida.
- ¿Él se suicidó?



- ¿Quién?
- Su padre.
- No. El que se suicidó fue mi abuelo. Apenas era una cría. Cuando entré corriendo en su habitación, para decirle que ya habíamos llegado, se estaba rebanando el cuello con una navaja de afeitar. Desde entonces yo no he hecho nada. Me quedé en «shock» hasta el día que pasó lo de mi padre.

- ¿Y... qué pasó con su padre?
- Resaca emocional. Él llegó borracho a casa, dando gritos y golpes. En ese momento no había nadie allí, sólo yo. Me asusté, pero no era la primera vez que lo veía así. Entró en el baño y me pidió que fuera a por un poco de agua. Cuando volví, tenía la misma navaja de afeitar en sus manos.

«Hazlo.», le dije. «Hazlo y quítate de en medio para siempre. Harás que mi vida sea mejor». «Como hizo tu abuelo», susurró él, mirándome fijamente mientras una sonrisa se apreciaba en su rostro.

Creo que ese día desperté y fui capaz de reaccionar a lo que vi años atrás en casa de mis abuelos.

Cogí la navaja y la deslicé por el cuello. El resto ya es historia.

- ¿Por qué lo llama resaca emocional?
- Ni idea. Simplemente, me hace gracia. Él venía borracho y yo salí de mi estado de trance después de muchos años. Es como si se hubiera pasado de golpe mi propia resaca.

Noté que me miraba extrañada.

Déjelo, es una tontería mía.

- Acaba de confesar que mató a su padre.
- Acabo de confesar que le rajé el cuello. Cómo murió es diferente.
- ¿Entonces?
- Entonces nada. Quiero irme. Ya ha pasado la hora en la que se me permite hablar.
- ¿Qué hora, Rebeca?
- Las cinco menos veinte. La hora de su resaca, Sandra.

EL CAFÉ QUE TE RESCATA

INT. CASA RODRIGUEZ (Sala de juego de la niña). DÍA.

Una sala pequeña perfectamente ordenada. Una pequeña mesa infantil rosa reina en el espacio, colocada estratégicamente en el medio. Tiene un camino de mesa blanco sobre el que descansa una tetera, con sus dos tazas y platos a juego. En unas sillas del mismo tamaño, están: NIÑA (6 años) y RODRÍGUEZ (40 años). NIÑA, con una energía desbordante, lleva un disfraz de hada con sus alas, sus antenas con forma de estrellas y, por supuesto, su anillo mágico en forma de corazón. RODRÍGUEZ, en cambio, se encuentra como si le hubiera pasado un camión por encima y, aunque intenta disimular su estado, le es imposible evitar sus movimientos torpes y pesados.

NIÑA: Toma papá. Tienes que tomarte esto de un trago. Es el café que te va a «rescatar».

NIÑA le da la taza y, chocándola con la suya, le hace un «chinchín». RODRÍGUEZ lo huele primero y, en un acto automático, se lo toma de un trago. No está para pensar. El trago le resulta desagradable.

RODRÍGUEZ: ¿Que me va a rescatar de qué, cariño?

NIÑA se levanta de su silla y, pasándole la mano por el cuello, le habla de forma muy maternal.

NIÑA: No hace falta que disimules papá, ya sé lo que os ha pasado al abuelo y a ti.

RODRÍGUEZ: (sin entender nada) ¿Qué?

NIÑA: Sí, lo del hechizo de ese malvado brujo. Me lo contó todo la abuela.

RODRÍGUEZ mira a NIÑA a los ojos sin entender absolutamente nada.

CORTE a FLASHBACK:

INT. CASA RODRÍGUEZ (Cocina). DÍA

Sentadas en un taburete alto alrededor de la isla de la cocina se encuentran: SUEGRA (65) y MUJER (35). Las dos están hablando tranquilamente con un intercomunicador para bebés entre ellas. Disfrutan de una taza de café y unas galletas. Entra NIÑA, vestida con el disfraz de hada, y, bajo el brazo lleva una pelota con una estrella dibujada.

NIÑA: Mamá, ¿papá sigue dormido?

MUJER: Sí, hija, sigue durmiendo.

NIÑA: ¡Jo, me había prometido que hoy jugaba conmigo!

SUEGRA: Ya, cariño, pero ¿sabes qué es lo que pasa? Que cuando tu padre y tu abuelo se van juntos a ver el fútbol al bar, (imitando exageradamente a una bruja) un brujo malvado les hechiza para que se pasen el día siguiente durmiendo.

NIÑA: (Afectada y preocupada) ¡Oh no, pobrecitos!



TEXTO: **CARLOS SAN JORGE**
ILUSTRACIÓN: **VICENTE MARTÍN (VICEN)**

MUJER: (a SUEGRA) Mamá...

SUEGRA: Pero no te preocupes, porque conozco una pócima muy antigua para que se les pase lo más rápido posible. Yo, a veces, la uso con tu abuelo. ¿Quieres que te diga cómo se hace?

NIÑA: (ilusionada) Sí.

MUJER: (a SUEGRA) Mamá, no.

SUEGRA: (a MUJER) Tranquila, mujer. (A NIÑA) Mira, pequeña, es muy fácil. (Mientras lo relata lo va haciendo) Se coge una taza, se echa un poco de café y (cogiendo un salero) y una pizca de estos polvos mágicos traídos de lo más profundo del bosque de la fantasía. Y ya está, tenemos esta pócima que se llama «café de la resaca». Eso sí, una cosa muy importante: para que funcione de verdad, para que sea realmente efectiva, se lo tiene que tomar de un trago. (Fijándose en el anillo de NIÑA) Y, si encima le pasas tu anillo mágico, seguro que no falla.

NIÑA: (Ilusionada) ¡Qué bien!

MUJER: (a SUEGRA) Mamá, no le digas a la niña esas cosas, que después...

En ese momento, a través del intercomunicador para bebés se escucha un llanto exagerado que hace que SUEGRA y MUJER se levanten de golpe.

MUJER: (a NIÑA con tono firme y casi amenazante) ¡No! Ni se te ocurra que te conozco.

MUJER aparta la taza de café con sal, dejándola fuera del alcance de NIÑA y sale de la cocina con SUEGRA. NIÑA, que primero se cerciora de que han salido y están lejos, sube por uno de los taburetes como una experta escaladora. Coge la taza que había apartado su madre, le pasa el anillo por encima, haciendo círculos, y sonríe triunfante.

CORTE A:

INT. CASA RODRÍGUEZ (Sala de juego de la niña). DÍA.

RODRÍGUEZ abre los ojos debido al mal sabor del café. NIÑA, que tiene una sonrisa de oreja a oreja, se siente triunfadora. A RODRÍGUEZ le comienza a pasar algo. De golpe, se empieza a sentir mal y le viene una arcada.

NIÑA: ¿A que te encuentras mejor, papá?

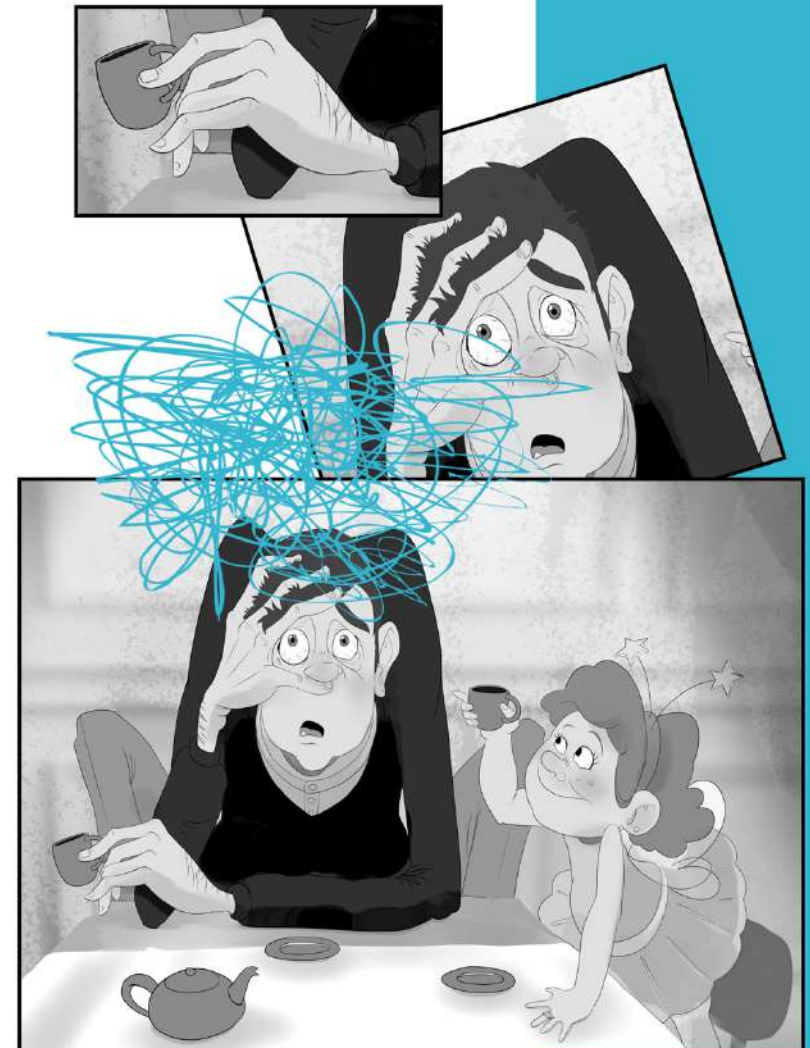
RODRÍGUEZ: Sí, cariño, mucho mejor. Ahora vengo.

NIÑA: Vale, papá. No tardes que tenemos que jugar, lo prometiste.

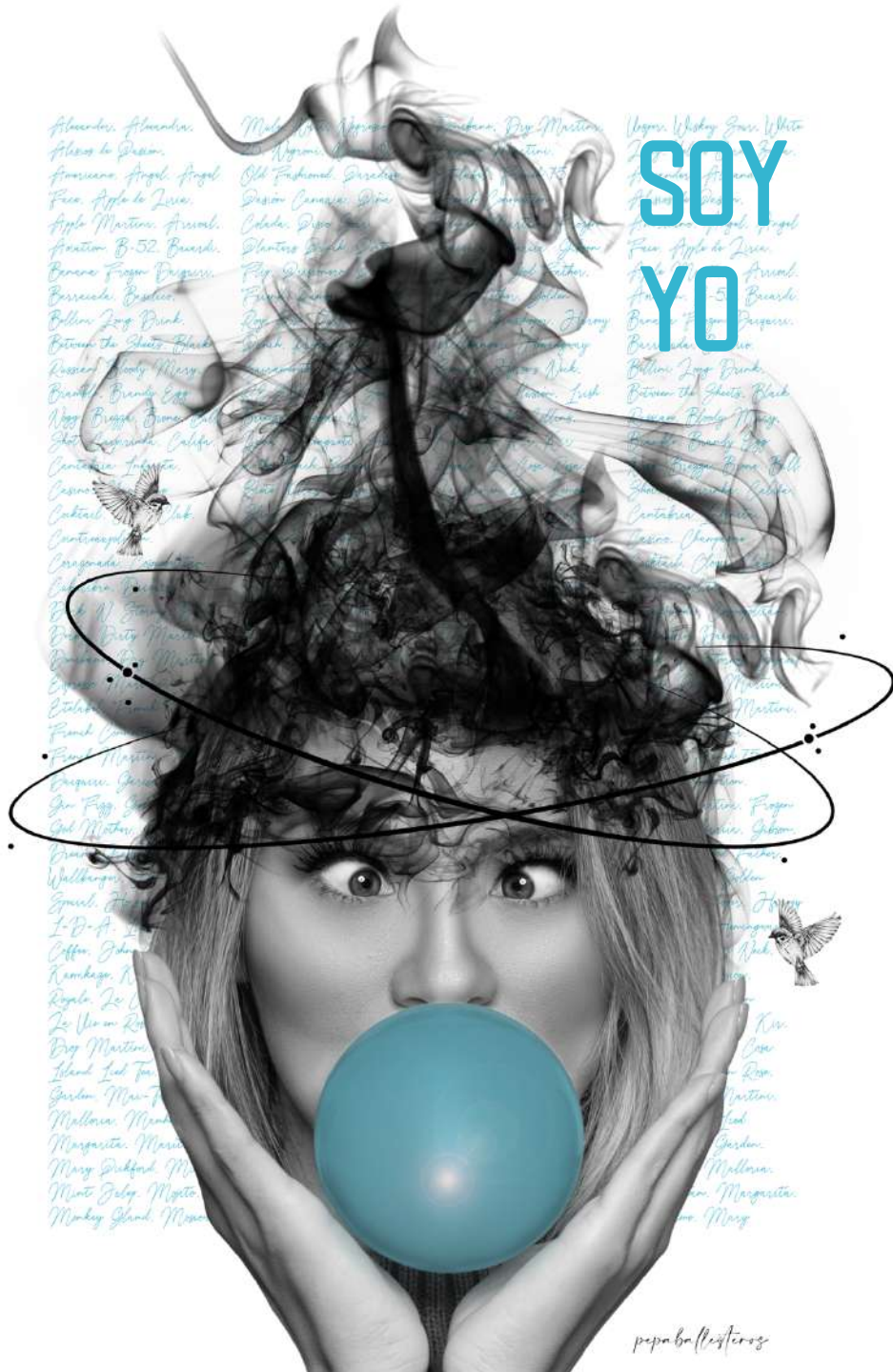
RODRÍGUEZ: Sí, claro.

RODRÍGUEZ, que vuelve a tener una arcada, más fuerte esta vez, sale corriendo de la habitación.

FUNDIDO A NEGRO.



TEXTO: PATRICIA SÁNCHEZ
DISEÑO: PEPA BALLESTEROS



Sí, soy yo.

Ya puedes dejar de mirarme con tanto descaro. Con cara de preguntarte si es cierto, si de verdad soy yo.

Sí, soy yo.

Y no veas lo que cansa pasar constantemente por situaciones similares a esta. Con gente mirándote, sin atreverse a preguntarte, pero sin molestarse ni siquiera en disimular.

Ya está, me encontraste. Casualmente, claro, no es que me buscaras, pero, cosas de la vida, de repente, al pasar la página, ¡boom!, así, de frente y sin pretenderlo, te topas conmigo.

Pues nada, perfecto.

Ya puedes respirar tranquilamente.

Sí, soy yo.

Con un enoorme dolor de cabeza, cierto es, pero eso a ti te da igual. La verdad es que es un dato sin la más mínima importancia en lo que a ti respecta. ¿Verdad?

A ti te da lo mismo si ayer me pasé por el forro eso del orden de ingestión de las bebidas alcohólicas. Ya sabes, ¿no? Sí, seguro que lo sabes. Eso de «Cerveza y después vino, divino. Vino y después cerveza, dolor de cabeza». Claro que lo sabes, lo sabe todo el mundo.

Yo también. Que sí, que yo también lo sé.

Pero no puedo evitarlo. Es superior a mis fuerzas. Tengo que ir a la contra. SIEMPRE. Y así estoy ahora mismo. Y a ti sigue sin importante lo más mínimo. Pero debería.

Debería importarte, digo.

Porque si soy como soy, si ahora tú te vas a ir a decirle a todo el mundo que te has cruzado conmigo es, precisamente, por eso. Por esa necesidad absurda que tengo de llevar la contraria a cualquiera que quiera aconsejarme, sermonearme o pretender que haga caso del refranero popular.

Así soy yo.

Sí, soy yo.

La que se espera a que se le vayan las vitaminas al zumo. La que pisa lo «fregao». La que se traga el chicle, aunque se le quede «pegao». La cuchara de metal en la casa del herrero. El camello que pasó por el agujero de la aguja que encontraste en el pajar.

Soy yo.

El agua que ni bebiste ni dejaste correr. El pájaro que en mano no vale nada. La mano que no se esconde por no tirar la piedra. La astilla diferente de cualquier palo y a la que si madruga no le ayuda ni Dios. La que se embarcó un martes, pero no se casó porque le barrieron los pies.

Soy yo.

La que reluce sin ser de oro y está monísima de seda. La que no saca pecho por lo hecho. El mal que por bien no viene y que puede durar cien años. El botón que no sirve de muestra. La pulga que pasa del perro flaco y la mosca que no entra en la boca abierta.

Soy yo.

La que tiene insomnio desde que crió su fama y no carece de lo que presume. La pobreza del pescador que revuelve el río y la que mama, aunque no lllore. La rabia que no acaba cuando se muere el perro, ese que ni come, ni deja comer. El librillo que no tiene el maestrillo y el palo que ninguna vela sostiene. El mal de pocos que consuela a los listos. El cántaro que no se rompe en la fuente porque no le da la gana.

Soy yo. La que sigue aquí.


Soy yo. Te lo digo a ti.

La que pasó de la silla de Sevilla y optó por un taburete. La que no muere a hierro, pero te mata a besos. El acierto de quien no piensa mal. A la que parió la abuela cuando éramos pocos y le dijo eso de «no bizquees que te puede dar un aire y quedarte así».

Y quedarte así...

Y así me quedé.

Y, encima, con un resacón de muerte.



TEXTO:
CARLOS VICENTE
ILUSTRACIÓN:
TATIANA MARTINS

EL SAQUITO DE TERCIOPELO DEL TÍO DOMINGO

Estar tumbado en aquella hamaca, en julio, con treinta y dos grados de calor y un ochenta por ciento de humedad era una mierda. Y la culpa la tenía aquel gordo. Ese ser seboso y con barba blanca bebía un margarita tras otro mientras le decía al camarero: «¡Otro "pa" la saca!», y se reía como un Papá Noel histriónico, sin campanilla y desubicado.

«¿Qué te pasa?», le preguntó Marisa, que se tostaba al sol como si fuera una de esas langostas insulsas que se comían en el bufé del hotel. Le dieron ganas de decirle si quería que la untara con salsa de mantequilla, pero lo único que le comentó fue que aquel tipo le recordaba al tío Domingo. Y lo recordó con aquella camisa azul a punto de reventar que llevaba siempre los domingos a comer la paella de su madre. Por lo menos, la llevaba lavada, pensaba mientras le pedía una copa al camarero mexicano que se la traería en dos minutos y recibiría un dólar de propina con una sonrisa en la boca.

«Mira, si vas a empezar la mañana así, me voy a la playa y aquí te quedas». Esa era Marisa y por eso la quería: no se cortaba un pelo. Era la única persona capaz de amenazarte mientras te seducía y te alimentaba las ganas de follártela contra la pared susurrándote al oído que eras su papáito.

«Ayer había resaca y la playa era un peñazo, cariño», le comentó mientras soltaba la propina al camarero mexicano sonriente. «Menos peñazo que tú con el tío Domingo». Y tenía razón. Al fin y al cabo, era mejor estar en diciembre en aquel hotelazo lleno de negros de Dakota del Sur bebiendo cerveza que en casa de su madre escuchando al tío Domingo. Contaba, una y otra vez, la anécdota de cuando conoció a Vicente del Bosque y le invitó a un refresco en aquella gasolinera en la que los dos se habían quedado tirados por la nevada mientras volvían a Salamanca. Todas las cenas de Nochebuena eran iguales y le levantaban dolor de cabeza justo en el momento en el que el tío Domingo empezaba a decir «Me acuerdo de cuando conocí a Vicente...». Eso era lo peor porque su madre mandaba callar a todos para que repitiese esa anécdota como si fuera una tradición, un pequeño tesoro escondido en un saquito de terciopelo que sólo se abría una vez al año.

Al fin y al cabo, su madre sabía que, cuando la mujer del tío Domingo se largó con aquel camionero rumano a vivir la vida, lo único que le quedó a su hermano fue su amistad con Vicente. Eso era lo único que hacía que la mañana de Navidad fuera la única en la que mi tío, gordo, barbudo, histriónico y desubicado, no tuviera resaca. Y por eso había que guardarlo en una bolsita de terciopelo para abrirla aquella única noche de diciembre en aquel piso del centro de Salamanca.

HAIKU FINAL

NACHO G. RÍOS SELECCIÓN
PEDRO VEZ ILUSTRACIÓN

Arroz pasado.
El mejor cocinero,
avergonzado.

Yosa Buson, Osaka 1716 - Kyoto 1784



なれ過
鮓をあた
遺恨哉るじの



LA
VISCERA
Magazine